

Cuba en la "era pos-17D"

Hoffmann, Bert

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Zur Verfügung gestellt in Kooperation mit / provided in cooperation with:

GIGA German Institute of Global and Area Studies

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Hoffmann, B. (2015). Cuba en la "era pos-17D". *Iberoamericana*, 15(57), 159-161. <https://doi.org/10.18441/ibam.15.2015.57.159-161>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0>

Cuba en la “era pos-17D”

Bert Hoffmann

GIGA German Institute of Global and Area Studies, Hamburgo

Eventos emblemáticos se transforman en fechas. Si son percibidas como una cesura histórica, estas fechas se convierten en siglas, como “9/11” para el ataque a las torres gemelas en Nueva York. En Cuba se ha empezado a hablar del “17D” en referencia al 17 de diciembre de 2014, cuando Barack Obama y Raúl Castro anunciaron simultáneamente su voluntad de reanudar las relaciones diplomáticas entre ambos países, rotas desde hace más de 50 años. Es cierto que, como mucho de lo anunciado por Obama- habrá que ver la forma en la cual se convierte en política práctica. También es cierto que el grueso del embargo persiste, ya que está codificado en una ley solo revocable por el Congreso, no por el presidente estadounidense. No obstante, también es cierto que después de ese 17D el contexto internacional para Cuba es otro. Y eso tiene profundas implicaciones para la vida doméstica en un país cuyo proceso revolucionario se ha definido como antiimperialista, y cuyo sistema político se ha desarrollado en base a la confrontación con el poderoso vecino del norte. Mucho se ha especulado sobre cuándo y cómo entrará Cuba en la “era pos-Castro”. Ahora, Cuba ha entrado en la “era pos-17D” y, quizás, las preguntas sobre qué significa no son menores ni menos complejas.

Cuando los EE. UU. eran un país todavía joven, su primer presidente, George Washington, les dictó en su discurso de despedida: “Observad con todas las naciones los principios de la buena fe y de la justicia. Cultivad la paz y armonía con todas ellas. [...] La nación que quiere o que aborrece sistemáticamente a otra es de algún modo esclava de ella. Es esclava

de su odio o de su afecto, lo cual basta para desviarla de su interés”. Quizás se debe entender a Obama en esa tradición: Cuando reconoció el fracaso de la política de Washington del pasado medio siglo, el objetivo era justamente liberar la política estadounidense de tal “esclavitud de su odio” y reorientarla hacia los intereses del país.

Desde hace tiempo, la política hacia Cuba había dejado de seguir una lógica de política externa y se había convertido en un dogma de política doméstica que no promovía ningún cambio democrático en la isla, perjudicaba los intereses empresariales y afectaba los derechos cívicos al prohibir a los ciudadanos estadounidenses viajar Cuba. Mas, todos esos argumentos no podían hacer nada en contra de la con-jura ritualizada de la hostilidad contra “el régimen castrista”.

Quizás por ello el paso dado por Obama tenía que ser tan grande y tan simbólico. La reanudación de las relaciones diplomáticas fue anunciada junto con un paquete de otras medidas, las cuales hubieran sido noticia cada una por sí sola. Y nada menos sorprendente fue la forma de la puesta en escena del 17D: Obama y Raúl Castro hablando simultáneamente a las cámaras de televisión, ya casi como una conferencia de prensa conjunta. Fueron imágenes de política coordinada, no de enemistad histórica. La implementación de las medidas concretas puede ser que se demore, pero este tipo de imágenes cambian la percepción y las expectativas de inmediato. “Estalló la paz”, resumía, no sin ironía, un amigo cubano ante las excesivas esperanzas provocadas por los dos presidentes.

La revista *Temas*, el foro intelectual más importante en la isla desde hace casi dos décadas, fue la primera en proponer la sigla “17D” como clave, invitando en su blog a autores de fuera y dentro a ponderar

sobre sus implicaciones (<<http://temas.cult.cu/blog/201501/el-17d-secuencias-y-consecuencias/>>). Más allá de las contribuciones individuales a ese foro, resalta que todos los participantes en él coinciden en la dimensión histórica del evento, tanto para los EE. UU. como para Cuba.

Obama desarmó parte de la escalada de la Guerra Fría del pasado. La vieja guardia de Miami está furiosa y los republicanos en el Congreso pueden obstaculizar el nombramiento de un embajador. Pero con el paso del tiempo, para los conservadores de Idaho o Alabama habrá otros temas más relevantes. E incluso en la Florida, tan importante electoralmente, el “voto cubano” ya no es lo que era. De los dos millones de cubano-americanos en los EE. UU., el 43% ya nació fuera de la isla. Unos 500.000 llegaron como inmigrantes después de 1990. Y con el cambio demográfico también se desdibuja la intransigencia política de antaño, como claramente indican los sondeos periódicos de la Florida International University (<<https://cri.fiu.edu/research/cuba-poll/>>).

Entre las palabras alemanas que llegaron a formar parte del léxico inglés figuran, al lado de *Kindergarten* y *Zeitgeist*, el término *the Ostpolitik*: la “política hacia el este” iniciada por el socialdemócrata Willy Brandt en los años setenta, una política de *détente* sumamente controversial en su momento pero en retrospectiva casi de consenso generalizado en Alemania. Obama de alguna forma embarca a los EE. UU. en una *Südpolitik*, una nueva política hacia la isla situada 90 millas al sur de la costa estadounidense. Si la consigna en Europa era “acercarse para cambiar” (*Wandel durch Annäherung*) aquí es *people-to-people contacts*. Pero el contexto es distinto. Las sociedades en ambas orillas de las 90 millas ya están estrechamente conectadas y entrelazadas. La política no va en vanguardia, como cuando Brandt se

puso de rodillas en Varsovia como símbolo de arrepentimiento; entre La Habana y Miami son las sociedades las que avanzan hacia la normalización, y la política les sigue.

Muchísimos de los 11 millones de habitantes de la isla tienen familiares, amigos o compañeros de colegio entre los más de dos millones que residen afuera. Hay un amplio flujo de comunicación, a través de teléfono, correo electrónico, Facebook y, por supuesto, la visita de cientos de miles de cubano-americanos a la isla cada año. Los emigrados envían remesas y celulares, créditos informales para montar un negocio y memorias *flash* para sortear las dificultades de acceder a Internet. Es más, la reforma migratoria cubana de principios de 2013 facilitó mucho las salidas y entradas a Cuba, con el resultado de que también los cubanos de la isla adquirieron una movilidad internacional sin precedentes y comenzaron a viajar de manera masiva.

Cuando Obama anunció la reanudación de las relaciones diplomáticas con Cuba, eso significó un indudable triunfo para el gobierno de La Habana. Pero al mismo tiempo, si para Obama fue un paso audaz, los desafíos del 17D a mediano plazo pueden ser mayores para La Habana. Desde los tempranos días de la Revolución en 1959, el sistema político cubano se moldeó en el ambiente de confrontación con los EE. UU. Fidel Castro era el comandante en jefe de un proyecto político-militar. Podía existir solo un partido político, ya que cualquier otro hubiera sido una puerta de entrada para el enemigo. Por cierto, a lo largo de los años, ese enemigo externo no dejó de dar pruebas de su agresividad real una y otra vez. Fue la base de legitimidad del verde-olivo que vistió el jefe del Estado, del régimen de partido único que se estableció, del monopolio estatal sobre los medios de comunicación.

Cuba era una fortaleza y la política doméstica se interpretó como una continuación de la confrontación externa. Voces críticas chocaron contra la lógica de mantener las filas cerradas y las demandas por un mayor pluralismo contra la perspectiva de que la desunión solo serviría al enemigo.

Raúl Castro subrayó que el acuerdo logrado ese 17 de diciembre no cambió todo aquello de la noche a la mañana. Vestía su uniforme de general del ejército cuando comunicó la noticia a sus conciudadanos. Enfatizó que la reanudación de las relaciones diplomáticas “no quiere decir que lo principal se haya resuelto”: lo principal sigue siendo la continuidad del bloqueo económico. Pero también Raúl Castro sabrá que las imágenes y repercusiones del 17D, de una *détente* externa sin precedentes, crean –tendrían que crear– expectativas de una *détente* también doméstica. Expectativas y esperanzas de que haya mayor tolerancia a “grietas en las filas”; de que se ensanchen los márgenes de debate; de que haya mayor autonomía y espacios para los diversos sujetos sociales; de que –como lo escribe uno de los autores cubanos en el mencionado dossier del blog de *Temas*– se avance en “el empoderamiento político real (no meramente declarativo) de la mayoría de los ciudadanos”. Todo indica que ese debate va a ser uno de los ejes centrales que marcarán a la Cuba en la “era pos-17D”.